

# Feminismo histórico y feminismo popular: convergencias y conflictos

Gisela Espinosa\*

**Resumen:** Aquí se analizan las relaciones e influencias mutuas del feminismo histórico y el feminismo popular a la luz de los procesos que cada vertiente de este movimiento protagoniza en los años setenta y ochenta. Se resalta la existencia de un feminismo diverso, convergente pero conflictivo, que tiene dificultad para reconocer al "otro", a la vez que se reconoce su aporte y potencial en la construcción de una democracia radical e incluyente.

**Abstract:** This paper deals with mutual relations and influences between historical feminism and popular feminism in the light of the processes that each stream of thought from this movement headed in the seventies and eighties. The existence of a diverse, convergent, and non conflictive feminism is stressed, recognizing the difficulty of accepting other views. The contribution and potential of feminism in the construction of a radical and inclusive democracy is also considered.

La construcción y desarrollo del llamado feminismo popular, surgido en los años ochenta y constituido por organizaciones de trabajadoras, campesinas y mujeres de barrios urbanos pobres que han entrelazado sus luchas gremiales, sociales y políticas con procesos de reflexión y cambio positivo en las relaciones genéricas; así como convergencias y conflictos con el feminismo histórico, constituido por un conjunto de grupos feministas que surgieron en los años setenta pero que se multiplican y extienden su acción y sus influencias en décadas posteriores, a partir del análisis de la experiencia personal de ser mujer; y con el feminismo social, constituido básicamente por organismos no gubernamentales (ONG) que bajo una perspectiva crítica sobre las relaciones de género apoyaron los procesos populares; es el foco de análisis de este ensayo.

Aunque los procesos de reflexión y de cambio en las relaciones de género no se agotan en estas vertientes,<sup>1</sup> considero que han sido centrales en la construcción

<sup>1</sup> Cuando menos podríamos ubicar al feminismo que se ha desarrollado al interior de los partidos políticos,

\* Profesora-investigadora del Departamento de Producción Económica de la UAM-X

del movimiento feminista mexicano.<sup>2</sup> Aquí se rescatan con cierto orden cronológico algunos momentos clave de su desarrollo y de su relación, aunque el objetivo central no es reconstruir la historia, sino analizarla y descubrir sus palancas y frenos, así como la potencialidad de estos procesos en la construcción de una democracia radical que, sin renunciar al derecho a la igualdad entre los géneros, dé cabida a la diferencia y especificidad en un mismo movimiento.

Cada una de las vertientes a las que nos hemos referido tiene en el género masculino un "otro" frente al que se construye, pero también, cada una aparece frente a las dos restantes, como un "otro" con el que éstas convergen o se diferencian. Desentrañar la red de relaciones y de influencias mutuas; descubrir la forma en que se construye una nueva idea de lo que pueden ser las relaciones entre hombres y mujeres y, en el fondo, de lo que significa ser humano —masculino o femenino— en diversos espacios sociales; seguir los procesos protagonizados por mujeres en distintos contextos, logrando la reflexión y acción transformadora de las relaciones de género; deshacer el nudo que entretejen sin romper los hilos, resulta ineludible para entender al feminismo mexicano de las dos últimas décadas y para sopesar la trascendencia de este movimiento en los procesos de democratización política y social que se desarrollan en México desde los años ochenta.

Este ejercicio también pone al descubierto los distintos caminos que sigue la lucha por alcanzar la igualdad en las relaciones genéricas; es decir, las distintas vías de construcción del feminismo, a la vez que hace evidente que una de sus más vigorosas vertientes, la popular, ha sido minimizada y hasta excluida cuando se habla del movimiento feminista, incluso pese a la profundidad y trascendencia de sus procesos, no sólo en la construcción del movimiento, sino en la transformación de la cultura popular y en la construcción de alternativas sociopolíticas más equitativas e incluyentes para las mujeres.

La rama popular del movimiento es un eje privilegiado en este análisis. Su proceso nos muestra la diversidad de puntos de partida, la compleja articulación con otros planos de la vida social, así como la diversidad de perspectivas de cambio de los sujetos que están relacionándose. A través de este análisis adver-

---

al feminismo académico y al que surge en los medios masivos de comunicación. Estas otras vertientes también han contribuido de manera importante a la expansión del movimiento.

<sup>2</sup> Tuñón (61), ofrece la noción del "movimiento amplio de mujeres" (MAM), para denominar al conjunto de procesos con protagonismo femenino que se desarrollaron en el periodo 1982-1994, y ubica dentro del MAM a "tres núcleos diferenciados de mujeres: feministas, de los sectores populares y militantes de partidos." Yo he optado por hablar de vertientes del movimiento feminista, por considerar que pese a los diferentes puntos de partida, rutas y escenarios en que se desarrolla cada una, las vertientes a que hago referencia (histórica, popular y social) van gestando procesos que cuestionan la asimetría y desigualdad de las relaciones entre hombres y mujeres y pugnan por un cambio positivo en las relaciones de género, es decir, se ubican en una perspectiva feminista.

timos el estira y afloja que sufren los procesos de construcción y reconstrucción de las identidades y de los discursos de quienes participan en el llamado feminismo popular. Es en medio de esta heterogeneidad y en un proceso dinámico, donde a partir de graves rezagos y carencias sociales y económicas, así como de la subordinación que ha implicado la construcción de lo femenino en el mundo popular, se han ido construyendo otros feminismos y otras formas de hacer política.

## I. El feminismo histórico

Los primeros años ochenta se caracterizaron por un reflujo del movimiento feminista mexicano surgido en los setenta. Sus formas organizativas y de acción mostraban sus límites, los "pequeños grupos" constituidos durante casi diez años,<sup>3</sup> aunque más numerosos no lograban proyectarse ni articularse con los movimientos sociales independientes del corporativismo oficial que se habían construido precisamente en esos años.<sup>4</sup>

Si bien el feminismo mexicano estuvo influenciado por las ideas y luchas de las feministas de Estados Unidos y de otros países europeos, también estuvo marcado por la crisis económica y el cuestionamiento y resquebrajamiento del sistema político mexicano, procesos que se precipitaron después del movimiento estudiantil de 1968 y que trajeron consigo un ascenso de los movimientos sociales y una reorganización y desarrollo de la izquierda mexicana.<sup>5</sup> No obstante que el naciente movimiento feminista se mantuvo separado orgánica y políticamente

<sup>3</sup> Desde un inicio se adoptó al "pequeño grupo" como forma de organización del movimiento, para "superar el aislamiento, la inseguridad, la competencia...". En el pequeño grupo, semanalmente se reunían de 8 a 14 mujeres para revisar "...sus situaciones concretas de opresión individual... en la coincidencia... se (iba) descubriendo que (los) problemas no (eran) personales sino (sociales)... el pequeño grupo (permitía) la transición de lo personal a lo político" (Jaiven: 79). Aunque esta fue la forma general de organización del movimiento, en la segunda mitad de los setenta algunos colectivos feministas tuvieron otros sentidos: círculos de estudios e investigación, "células" de partidos de izquierda, grupos editoriales, núcleos de profesionales para dar servicios específicos. Los grupos y redes que surgieron en aquellos años fueron: Mujeres en Acción Solidaria (1971), Movimiento Nacional de Mujeres (1972), Movimiento de Liberación de la Mujer (1974), Colectivo La Revuelta (1975), Coalición de Mujeres Feministas (1976), Colectivo de Mujeres (1976), Lucha Feminista (1978), Frente Nacional por la Liberación y los Derechos de la Mujer (1979), Grupo Autónomo de Mujeres Universitarias (1979), Centro de Apoyo a la Mujer Violada (1979), Colectivo de Acción Solidaria con la Empleada Doméstica (1980) y Colectivo Cine-Mujer (1980) (Jaiven: 73-138); grupos Oikabeth y Lambda de Liberación Homosexual (1980), Frente Homosexual de Acción Revolucionaria (1980), Red Nacional de Mujeres (1982), (Centro de Estudios sobre la Mujer, 1987: 145-147).

<sup>4</sup> Los frentes de masas que aglutinaron a amplios sectores sociales o gremiales y que se estructuraron en los años setenta e inicio de los ochenta fueron el Frente Nacional de Acción Popular, la Coordinadora Nacional de Trabajadores de la Educación, la Coordinadora Nacional Plan de Ayala, la Coordinadora Nacional de Movimiento Urbano Popular, la Coordinadora Sindical Nacional, el Comité Nacional de Defensa de la Economía Popular, el Frente Nacional por la Defensa del Salario y Contra la Austeridad y la Carestía de la Vida, el Frente Nacional Contra la Represión, el Pacto de Acción y Solidaridad Sindical y la Asamblea Nacional Obrero Campesino Popular, entre las más importantes (Moguel: 117-128).

<sup>5</sup> Moguel ubica seis corrientes de la izquierda mexicana que surgen o se recomponen después de 1968: la

te de las organizaciones y frentes populares de la década, sí fue permeado por sus procesos, y entre sus preocupaciones aparecieron la "transformación de las estructuras sociales y políticas", la "vinculación con la izquierda y los sindicatos independientes", el "sistema socioeconómico mexicano", las "mujeres de las clases trabajadoras", la "lucha de clases" y el "marxismo" (Jaiven: 73-138).

Ciertamente, la problemática política y social se discutió, pero la práctica cotidiana de los pequeños grupos se centró mucho más en la reflexión sobre la experiencia individual de ser mujer, con el fin de "buscar a partir de las contradicciones de la experiencia de vida, la coherencia para organizarse dentro de un movimiento político" (Jaiven: 104). A la par que estas mujeres analizaban sus historias personales, se abocaron a la lectura y discusión de diversos temas sobre la problemática femenina: opresión y liberación de la mujer, trabajo doméstico, doble jornada, violencia y violación, maternidad, aborto, discriminación, prostitución, represión, hostigamiento, educación y libertad sexual, autoritarismo, autodeterminación y autonomía (73-138).

Las experiencias desarrolladas por los colectivos feministas fueron diversas y fecundas, algunos grupos inscribían su práctica casi en el terreno psicológico, pero la mayoría conjugó el análisis de las experiencias personales de sus integrantes con acciones contestatarias y de denuncia, especialmente en el "Año Internacional de la Mujer" celebrado en México en 1975, cuando organizaron un contracongreso para oponerse al discurso oficial sobre la mujer; y más adelante cuando promovieron reiteradamente acciones para despenalizar el aborto; además, realizaron un amplio trabajo de análisis y difusión sobre temas centrales del feminismo con la idea de crecer y proyectarse socialmente. Pese a las diferencias, la idea de iniciar el cambio social a partir del análisis de la experiencia personal en pequeños grupos, la estrecha relación que establecieron entre los procesos personales y los políticos, reflejada en el lema de "lo personal es político", la reivindicación de la autonomía (que a veces se entendió como aislamiento y en ocasiones se tradujo en rechazo a la relación con partidos y organizaciones políticas), la crítica radical a estructuras organizativas verticales y autoritarias (que condujo a una falta de estructura y al desconocimiento de liderazgos), la preocupación

---

cardenista, la lombardista, la comunista, la marxista radical de procedencia troskista, la marxista radical de perfil "leninista" o "procubano" y la marxista radical de procedencia maofsta. En cada una participaban diversas organizaciones o partidos políticos que tuvieron influencia o promovieron directamente el desarrollo y organización de los movimientos y frentes populares mencionados. Después del 68, prácticamente toda la izquierda se unificó en torno a la idea de "que el capitalismo mexicano iniciaba... un proceso de crisis... y agotaba... sus posibilidades de avance y desarrollo 'democrático burgués' (enfilándose hacia) formas de dominio estatal autoritarias o fascistas si las fuerzas populares no le salían al paso y le daban un vuelco democrático popular de esencia o proyección necesariamente socialista" (78).

por los temas relacionados con la sexualidad, la lucha contra la violencia y la violación y la lucha por la despenalización del aborto y por una maternidad libre y voluntaria, se fueron perfilando como campos de identidad del movimiento.

Las luchas contra la violencia y la despenalización del aborto fueron las demandas con más consenso del movimiento y estuvieron enarboladas por dos de los tres frentes en los que consecutivamente se aglutinaron casi todos los pequeños grupos: la Coalición de Mujeres Feministas (1976-1978) y el Frente Nacional por la Liberación y Derechos de la Mujer (1979-1981). Aún cuando en los años ochenta todavía se propondría la coordinación del movimiento a través de la Red Nacional de Mujeres (1982-1984), el intento no dio resultado.<sup>6</sup>

Esta nueva ola feminista organizó apenas a reducidos núcleos de mujeres universitarias de la clase media, pero los saldos de su proceso no debieran medirse sólo por el crecimiento orgánico del movimiento, sino también por la difusión e inquietud social que crearon en torno a la problemática de las mujeres. Nuevas ideas, surgidas de la lectura o reflexión de esos pequeños grupos se difundieron a miles de mujeres y, aunque la organización feminista no aumentaba espectacularmente, en diversos espacios se cuestionó la desigualdad y el lugar subordinado de las mujeres. Así, que a fines de los años setenta y principios de los ochenta el movimiento atravesaba una crisis, cuando los pequeños grupos estaban atomizados y volcados hacia sus propios procesos, incapaces incluso de coordinarse con otros; cuando la Red Nacional de Mujeres no lograba sacar resolutiveos ni acuerdos y perdía capacidad de convocatoria, acentuando la dispersión y desalentando las acciones unitarias; cuando el beligerante movimiento parecía esfumarse de la escena, precisamente entonces, también estaban incubándose nuevos procesos que no habrían sido posibles sin la participación de aguerridas feministas.

## II. El feminismo, la izquierda y los movimientos sociales

Las dificultades para crecer, reorganizarse y vincularse con los movimientos sociales, eran sólo algunos de los saldos de su lucha. Otros resultados emergían precisamente en los espacios impenetrables para las feministas, pues si hasta entonces el movimiento estaba constituido sólo por mujeres ilustradas de la clase media, al comenzar la nueva década serían mujeres trabajadoras, campesinas y colonas quienes darían otras perspectivas a la movilización femenina.

<sup>6</sup> En 1981, el Grupo Autónomo de Mujeres Universitarias convocó a un Encuentro Nacional de Mujeres, que acordó una segunda reunión en 1982, en ella se constituyó la Red Nacional de Mujeres, con la idea de establecer comunicación y coordinarse. La Red organizó dos encuentros nacionales más, en 1983 y 1984, pero allí "se puso de manifiesto la crisis del movimiento (pues no se lograron) sacar resolutiveos ni acuerdos que le dieran cauce al feminismo en esos tiempos" (Centro de Estudios sobre la Mujer: 147).

El surgimiento de lo que más adelante sería el feminismo popular, estuvo marcado por la llamada "década perdida" y la feminización de la pobreza, que presionaron a las mujeres a asumir más trabajo y agudizaron viejos conflictos de clase y de género o incubaron nuevas inconformidades; la movilización de las mujeres fue favorecida incluso por políticas sociales que dieron cobertura a ciertas demandas femeninas,<sup>7</sup> pero ésta difícilmente habría rebasado una relación clientelar y corporativa con el Estado si el feminismo y la izquierda no hubieran incidido en su proceso.

Al comenzar la década de los ochenta, algunas ideas difundidas por las feministas habían permeado ya amplias capas sociales, sobre todo urbanas. Ciertamente, a los sectores populares llegó un discurso fragmentado y hasta tergiversado sobre el feminismo; un prejuicio generalizado impedía ver el potencial subversivo de este movimiento y su aporte a la lucha por transformar la sociedad. Pero el feminismo popular no se desarrolló espontáneamente ni entre la población en general, sino entre amplios núcleos de mujeres que tenían cierto grado y tipo de organización y conciencia política, factores que facilitaron la apertura y continuidad de los procesos de reflexión, organización y acción.

Las primeras discusiones sobre "la problemática de la mujer" que involucraron a amplios grupos de colonas, campesinas y trabajadoras, fueron convocadas por grupos cercanos a la "teología de la liberación" y algunas ONG con trabajo popular, entre las que destacó CIDHAL.<sup>8</sup> Estos grupos mantenían relación con la izquierda y con movimientos independientes del "partido de Estado" que se desarrollaban en diversas regiones del país, así que su llamado no se circunscribió a los núcleos con quienes trabajaban directamente, sino que penetró las redes de la izquierda y del movimiento social; gracias a ello y a las facilidades financieras para asistir a la reunión, lograron juntar, en una primera convocatoria, alrededor de medio millar de mujeres.<sup>9</sup>

El Primer Encuentro Nacional de Mujeres<sup>10</sup> realizado en la ciudad de México

<sup>7</sup> Los programas de subsidios al consumo y al abasto manejados por Conasupo y el DIF primero, y algunos proyectos del Programa Nacional de Solidaridad a finales de la década, crearon espacios de negociación entre diversos núcleos femeninos y el Estado.

<sup>8</sup> CIDHAL (Comunicación Intercambio y Desarrollo Humano en América Latina AC) se constituyó en Morelos en 1969 con el objeto de documentar y difundir materiales feministas. En 1978 empezó a reorientar su trabajo a raíz de que algunas de sus socias establecieron contacto con Comunidades Eclesiales de Base de Morelos. Posteriormente CIDHAL extendió su trabajo popular con una perspectiva feminista hasta convertirlo en su tarea central (Espinosa y Paredes).

<sup>9</sup> Aunque se han encontrado algunas fuentes bibliográficas o hemerográficas para documentar la historia de los eventos y procesos que se desarrollaron en los años ochenta, gran parte de la información y de las apreciaciones tienen como origen mi participación en ellos, así como algunos de los materiales que he escrito con anterioridad y que se encuentran en la bibliografía. Así por ejemplo, el cálculo de la asistencia a este Encuentro ha sido tomado de mis notas personales.

<sup>10</sup> Las convocantes al encuentro fueron CIDHAL, algunas Comunidades Eclesiales de Base, la Red de Educación Popular, Mujeres Para el Diálogo y el Grupo Educación y Familia. Estas agrupaciones propusieron que

en noviembre de 1980, fue un momento clave para desatar procesos de reflexión, organización y acciones masivas femeninas en los sectores populares. El *quid* del asunto no sólo radicó en su carácter masivo y en el entusiasmo que despertó la propia reunión, sino sobre todo en la calidad de las asistentes, pues las mujeres que llegaron estaban organizadas en otras instancias como sindicatos, organizaciones vecinales y campesinas; organismos que a su vez estaban articulados a varios frentes populares, sectoriales, regionales o nacionales a los que se ha hecho referencia; esta trama social era independiente del aparato corporativo oficial y estaba influenciada claramente por las organizaciones y partidos de izquierda.

Familia y sexualidad, trabajo doméstico y asalariado (doble jornada), y participación política de la mujer, fueron los temas tratados en este encuentro, y fueron éstos los tópicos que “por primera vez” abordaron mujeres que procedían de barrios urbanos pobres, donde se habían creado fuertes organizaciones urbano populares como el Frente Popular Tierra y Libertad de Monterrey o de la ciudad de México, la Unión de Vecinos de la Colonia Guerrero, y pobladoras organizadas de las colonias Ajusco, Cerro del judío y de algunos barrios de la Delegación Iztapalapa; otras eran campesinas de regiones de Chiapas, Veracruz y Michoacán, donde la contienda rural era sumamente violenta y donde también se habían gestado procesos organizativos y fuertes luchas; llegaron sindicalistas de secciones democráticas ganadas en sindicatos nacionales “charros”, como las del Instituto Nacional de Antropología e Historia; militantes de sindicatos nacidos fuera del control oficial como la UNAM y UAM; obreras de “células” democráticas que actuaban en fábricas de la zona industrial de Naucalpan y de pequeñas industrias donde el sindicalismo “charro” imponía su ley (Espinoza y Sánchez).

Esta peculiaridad de las asistentes (el estar organizadas y relacionadas a través de redes del movimiento social) posibilitó que el proceso de reflexión iniciado en el encuentro tuviera continuidad en los espacios de reunión, discusión y acción en los que estas mujeres actuaban, e incluso que irradiaran y contagiaran su entusiasmo y sus preocupaciones a otros núcleos femeninos que no asistieron al encuentro pero sí participaban en los movimientos gremiales o sociales. La fuerza y amplitud que pronto alcanzó el “movimiento de mujeres” sorprendió a los organizadores (que no esperaban tal asistencia), a las militantes de movimientos sociales (que no habían identificado a las mujeres como grupo específico para impulsar la acción política) y a las feministas, pues éstas últimas, pese a sus intentos y múltiples tareas de difusión que realizaron, nunca lograron ya no digamos organizar, sino tan sólo reunir a tantas mujeres de sectores populares.

Fueron las militantes y activistas del movimiento social quienes se dieron a la tarea de dar continuidad a la reflexión iniciada en el encuentro. A título personal, varias militantes de pequeños grupos feministas se involucraron paulatinamente al proceso popular y fueron formando ONG, pero el movimiento feminista como tal se conservó orgánica y políticamente separado de los movimientos emergentes de mujeres de sectores populares. Justamente en la primera mitad de los ochenta, militantes y exmilitantes de diversos grupos o partidos de izquierda empezaron a realizar trabajos conjuntos y a establecer casi una fusión impensable entre sus organizaciones de origen. La primera amalgama izquierda-feminismo mezcló a algunas integrantes de CIDHAL y del Movimiento Revolucionario del Pueblo (MRP), de la Organización (La O que ya en 1981 se convertiría, junto con otras agrupaciones, en la Organización de Izquierda Revolucionaria Línea de Masas, OIR-LM), del Partido Revolucionario de los Trabajadores (PRT), y del grupo Marxistas Feministas (que más adelante se convertiría en el Colectivo Revolución Integral). Estas embrionarias convergencias femeninas se propusieron desarrollar, abrir y asumir conjuntamente algunos trabajos con mujeres en los sectores populares. Tal vez la dificultad y falta de claridad para impulsar esta nueva experiencia dio como resultado, cuando menos en el inicio, una mayor apertura y colaboración en la construcción de las nuevas experiencias. La nueva amalgama izquierda-feminismo priorizó el desarrollo del movimiento y la posibilidad de construir estructuras femeninas populares incluyentes para el conjunto de la izquierda.

La convergencia entre militantes de izquierda con arraigo en organizaciones sociales, y feministas con compromiso social favoreció el despegue del feminismo popular.<sup>11</sup> Así, en el arranque, más que feministas llegaron ideas, ejes de discusión y métodos que conjugaron la experiencia desarrollada por el “pequeño grupo” —la reflexión personal— con técnicas participativas de educación popular (usadas sobre todo por las Comunidades Eclesiales de base), métodos utilizados en instancias propias del movimiento social: comités, comisiones, grupos y encuentros masivos. Esta modalidad de trabajo adoptada prácticamente en todos los grupos de mujeres de sectores populares, fue decisiva para vencer prejuicios y resistencias y para gestar un discurso popular sobre la problemática de las mujeres, pues en lugar de una política doctrinaria se priorizó la discusión crítica de

<sup>11</sup> A fines de los setenta y principios de los ochenta, sólo CIDHAL apoyaba los procesos populares desde una posición feminista, y aún sus integrantes evitaran el término cuando el grupo popular mostraba resistencia. En esos años, CIDHAL era un pequeño colectivo de mujeres, algunas ligadas a Comunidades Eclesiales de Base, otras al Partido Comunista Mexicano, al Partido Revolucionario de los Trabajadores y, más adelante, a la OIR-LM, pero el trabajo institucional —pese a las lealtades políticas personales—, se vinculó con el conjunto de la izquierda mexicana desde una postura incluyente y plural (Espinosa y Paredes).



temas y problemas femeninos a partir de la experiencia y visión de las mujeres, y de la situación socioeconómica, política y organizativa en que estaban insertas. Los núcleos populares femeninos sentían que construían su discurso, y así era; esto no ocurría en muchas de sus organizaciones sociales o políticas, donde pocas mujeres tomaban la palabra y donde, generalmente, eran los hombres quienes hacían los análisis y daban directrices a los movimientos (Espinosa y Paredes).

Después del Encuentro de 1980 se realizaron más de veinte reuniones masivas con mujeres de sectores populares.<sup>12</sup> Pero los espacios de esta reflexión no sólo fueron grandes encuentros, sino múltiples procesos desarrollados en microespacios, protagonizados por la "comisión", el "comité", el "grupo", la "regional" de mujeres de la unión vecinal, de la comunidad campesina o del sindicato.

El discurso que empezó a construirse en los sectores populares estaba atravesado por otras experiencias y problemas femeninos, pero también, por perspectivas de cambio que no sólo intentaban modificar las relaciones de género. A todas estas reuniones asistieron lideresas, activistas y militantes, pero sobre todo fueron encuentros "de base", masivos, en los que miles de mujeres articularon a sus luchas y reivindicaciones gremiales o sociales, reflexiones y propuestas de acción o reivindicaciones relacionadas con la problemática femenina que se vivía en cada sector. Es por ello que temas como independencia y democracia sindical, condiciones de trabajo y prestaciones, aumento salarial, crisis económica, tenencia del suelo urbano, introducción de servicios públicos, conflictos agrarios, proyectos productivos, problemas de salud, abasto, vivienda, participación política de la mujer, etcétera; aparecieron en la agenda femenina junto con temas como la invisibilidad, falta de reconocimiento e injusta distribución del trabajo doméstico; la doble jornada (en varias reuniones se empezó a hablar de la triple jornada al añadir la militancia política a las jornadas doméstica y laboral); los obstáculos femeninos para acceder a la política y a los puestos de dirección; el sometimiento de sus cuerpos, su sexualidad y su maternidad a los deseos, necesidades o imposiciones de los otros, especialmente de sus parejas mascu-

<sup>12</sup> El Primer Encuentro de Mujeres Trabajadoras (1981), el Primer Encuentro de Trabajadoras de la Educación (1981), el Primer Encuentro de Mujeres del Movimiento Urbano Popular (1983), el Foro de la Mujer (1984), el Primer y Segundo Encuentros de Trabajadoras del Sector Servicios (1984 y 1985), el Primer y el Segundo Encuentro Regional de Obreras (1985), el Primer Encuentro Regional de Campesinas (1985); el Primer Encuentro de Trabajadoras de la Industria Maquiladora (1985), el Segundo Encuentro de Mujeres del Movimiento Urbano Popular (1985), un sinnúmero de reuniones y movilizaciones de costureras que darían como resultado la constitución y desarrollo del Sindicato "19 de septiembre" (1985-1987), otro número indeterminado de reuniones de mujeres de las organizaciones vecinales surgidas después del sismo de 1985, el Segundo Encuentro de Trabajadoras de la Industria Maquiladora (1986), cuatro encuentros de campesinas de la Zona Sur, el Primer Encuentro de Mujeres de la Coordinadora Nacional Plan de Ayala (1986), el Primer Encuentro de Mujeres Asalariadas (1987), el Tercer Encuentro de Mujeres del Movimiento Urbano Popular (1987), la Primera Jornada Sobre Mujer, Trabajo y Educación (1990) (Espinosa; Centro de Estudios de la Mujer).

linas; la violencia y la violación, la violación en la pareja, la subordinación y opresión a que estaban sujetas en distintos espacios. Todos estos temas fueron motivo de reflexión y de ellos surgieron también propuestas de cambio y acción femeninas (Espinosa).

Los procesos que se desarrollaron en los sectores populares estuvieron fuertemente apuntalados por mujeres de ONG que implícita o explícitamente asumían una postura feminista. Si al principio de los ochenta, casi todo el trabajo de apoyo recaía en CIDHAL, a media década había ya un conjunto de ONG que trabajaban en los sectores populares con un enfoque feminista y un compromiso social.<sup>13</sup> En estas ONG se mezclaron exintegrantes de grupos feministas e integrantes o exintegrantes de organizaciones y partidos políticos de izquierda, que fueron constituyendo la vertiente del feminismo social, vertiente que inició un largo proceso de institucionalización del feminismo al adoptar la figura de "asociación civil" con financiamiento para sus tareas, como forma general de organización y de apoyo a los sectores populares. En esos años, la militancia feminista y también la militancia política reunidas en estas ONG empezó a ser un trabajo institucional con retribución económica. De todas formas siguió existiendo el "pequeño grupo" centrado en la reflexión de la experiencia, la difusión y la denuncia; el feminismo histórico, como movimiento, mantuvo sus ejes de reflexión y sus demandas, así como su propia estructura organizativa.

La vinculación de las ONG con los movimientos populares y con una izquierda volcada a gestar procesos sociales y políticos, en la perspectiva de un futuro revolucionario y socialista fue fructífera pero conflictiva, pues al mismo tiempo en que la izquierda propició el nuevo fortalecimiento del movimiento de mujeres, al aportar una base social organizada que constituiría el esqueleto del feminismo popular e impedir que el corporativismo oficial se adueñara de los procesos femeninos; la izquierda también marcó el discurso de los movimientos emergentes de mujeres con una perspectiva de clase reticente y prejuiciosa ante el feminismo. Desde ese lugar, la ideología de la izquierda influyó en los conflictos y tensiones entre el feminismo y muchos núcleos de mujeres de los sectores populares.

A lo largo de la década de los ochenta, pero sobre todo en su primera mitad, se multiplicaron los grupos populares femeninos que empezaron a discutir la "problemática de la mujer".<sup>14</sup> En ese periodo, el trabajo popular con mujeres se

<sup>13</sup> Entre las ONG que fueron constituyéndose en el Valle de México en esos años y que priorizaron su trabajo con las mujeres de sectores populares se encontraban: CIDHAL, Mujeres Para el Diálogo (MPD), el Centro de Apoyo a Mujeres Violadas (CAMVAC) que luego daría lugar al Centro de Orientación Contra la Violencia (COVAC), Acción Popular de Integración Social (APIS), el Equipo de Mujeres en Acción Solidaria (EMAS), el Grupo de Educación para Mujeres (GEM) y Mujeres en Acción Sindical (MAS).

<sup>14</sup> En aquellos años, en los sectores populares no se hablaba explícitamente de feminismo, era una táctica

apoyó en las estructuras locales, sectoriales y sociales construidas por la izquierda<sup>15</sup> y, las primeras redes de organización popular femenina, fueron prácticamente un desdoblamiento de aquellas. Así, las mujeres de las coordinadoras sindicales, de la Conamup, del FNCR y de la CNPA,<sup>16</sup> dieron luz a la Coordinadora de Mujeres Trabajadoras (1981-1982), a la Regional de Mujeres de la Conamup (1983-1991), al Foro de la Mujer —ligado al FNCR— (1984-1985) y a la Coordinadora de Mujeres de la CNPA (1986-1987); al mismo tiempo, los conflictos de la izquierda influyeron, decisivamente en los procesos femeninos (Espinosa y Sánchez).<sup>17</sup> Otras instancias femeninas importantes se construyeron a raíz del sismo de 1985: el Sindicato de Costureras 19 de Septiembre y los grupos de mujeres de organizaciones vecinales emergentes. En ellas se manifestó una perspectiva más civilista y menos maximalista de la izquierda y un feminismo con mayor alcance político y social, pero también con más diferencias en cuanto a las formas de impulsar el trabajo con mujeres y a las formas de entender la democracia y el cambio social.<sup>18</sup>

Decenas, tal vez cientos de núcleos populares femeninos abordaron la “problemática de la mujer” con un sentido crítico, y desarrollaron luchas con una indiscutible perspectiva feminista (aunque no usaran el término), al tiempo que construían colectivos locales, redes y coordinaciones regionales. Pero muy pocas instancias de coordinación regional o sectorial lograron mantenerse a mediano plazo,<sup>19</sup> debido a que estos movimientos femeninos enfrentaban demasiados retos. El primer problema era que los discursos de clase a los que estaban acostumbradas las mujeres, pese a su radicalismo, jamás las habían considerado como

---

implícita para impedir que el prejuicio antifeminista de las organizaciones sociales y gremiales en que participaban las mujeres desmantelara sus incipientes colectivos y acciones. Hablar de la problemática de la mujer “neutralizaba” el tema.

<sup>15</sup> A diferencia de Tuñón (69), que prácticamente no otorga ningún papel a las organizaciones y alianzas construidas por la izquierda de los años setenta e inicios de los ochenta en la emergencia de un movimiento amplio de mujeres (MAM), yo creo que el curso, la fuerza y la magnitud del feminismo popular (la vertiente del movimiento más vigorosa de los ochenta), e incluso el desarrollo del feminismo social serían impensables sin la izquierda, no porque ésta fuera feminista, sino porque sus estructuras organizativas y redes políticas se convirtieron en su eje articulador. Las feministas por sí solas, tal como ocurrió en los setenta, difícilmente hubieran podido construir con tanta celeridad una base social y redes femeninas populares tan amplias como las que surgen en los ochenta.

<sup>16</sup> CONAMUP: Coordinadora Nacional del Movimiento Urbano Popular; CNPA: Coordinadora Nacional Plan de Ayala; FNCR: Frente Nacional Contra la Represión.

<sup>17</sup> Por ejemplo, los conflictos entre diversas fuerzas políticas de la CNPA condujeron a su escisión, y con ella se desarticuló la naciente organización de mujeres de la CNPA. Problemas similares se presentaron entre la Conamup y la Regional de Mujeres.

<sup>18</sup> El trabajo realizado por diversas ONG en el Sindicato de Costureras 19 de Septiembre ejemplifica claramente los conflictos y las diversas posturas de las feministas en su apoyo a los movimientos (Mercado).

<sup>19</sup> La Regional de Mujeres de la Conamup, que entre 1983 y 1991 tuvo una vida activa; la Red de Campesinas del Sureste, apoyada por Comunidades Eclesiales de Base, fue creada en 1981 y tuvo vida activa cuando menos hasta 1993, el Sindicato de Costureras 19 de Septiembre, cuya movilización se inició en 1985 y tuvo gran relevancia hasta los primeros años noventa, fueron tal vez las instancias amplias con mayor permanencia.

un grupo con problemas y demandas propias. Pero éstas todavía no estaban definidas. ¿Cómo vincular los problemas personales y la lucha específica de las mujeres, a la lucha social y a la lucha de clases? Ni en el terreno conceptual, ni en el práctico, ni en el organizativo estaban claras las cosas.

Además, las mujeres de sectores populares también encontraron resistencia u oposición en todos los espacios donde intentaron actuar. Uno de los conflictos más generalizados que se presentaron al interior de sus organizaciones políticas, sociales o gremiales, fue si debían o no constituirse instancias femeninas en su interior. Las promotoras defendían estas instancias aduciendo que sólo allí discutían libremente problemas de mujeres y que hacían valer su voz y sus ideas, mientras en sus organizaciones sociales y mixtas estos temas eran ignorados y casi no contaba su palabra. La contraparte argumentaba que al organizarse como mujeres dividían al movimiento y que a través de su temática y demandas aparecía un feminismo "pequeño burgués" que debilitaba o desvirtuaba la lucha de clases.

En diversas reuniones y encuentros se habló de este conflicto, pero en ellos también se ubicó la desigualdad y opresión en el seno familiar como un campo de identidad general: campesinas, trabajadoras y colonas se descubrieron como trabajadoras domésticas sin pago ni reconocimiento, como mujeres que desconocían sus cuerpos y no tenían decisión sobre ellos, sobre su sexualidad, su maternidad ni sus vidas; el papel de madres, esposas y amas de casa resultó ser un gran campo de conflictos genéricos y de identidades emergentes. Sin embargo, lo femenino popular tampoco era homogéneo, adquiriría distintas connotaciones en contextos rural y urbano, en cada uno existían diferencias abismales entre distintos grupos de mujeres. Otro problema generalizado se asoció al papel subordinado que jugaban en sus organizaciones sociales y gremiales, donde, pese a un discurso democrático, su acceso a la dirección era muy difícil; se descubrieron sometidas, cuando no menospreciadas o ignoradas por sus compañeros; el no existir como grupo específico dificultaba la resolución de sus rezagos y de sus problemas de género (Espinosa y Sánchez: 22). Pese a la identificación de problemas comunes, la "problemática de la mujer" adquiriría tantas peculiaridades y se articulaba a tan variadas condiciones que, difícilmente existiría la posibilidad de un discurso único, de una demanda general o de una instancia común, ya no digamos de asalariadas, campesinas y colonas, sino siquiera de alguno de estos sectores; tan sólo entre las asalariadas, las condiciones laborales y salariales, y la participación sindical de las mujeres de la pequeña y mediana industrias, donde imperaba el "charrismo sindical", eran radicalmente diferentes a las de empleadas de secciones democráticas ganadas en "sindicatos nacionales charros", o a las de trabajadoras universitarias.

El movimiento se hizo más heterogéneo y complejo que en los setenta, pero también más difícil de unificar, pues la diversidad no condujo de inmediato al pluralismo.<sup>20</sup> Si en el mundo popular se dificultó la permanencia de instancias amplias y la mayoría de los procesos se desplegaron en el ámbito local, la unidad entre organizaciones femeninas populares y grupos feministas con una situación socioeconómica más desahogada que centraba su atención en otro tipo de demandas, resultó una tarea titánica también llena de diferencias y problemas. Tan es así, que en ese entonces se fueron gestando tensiones y conflictos entre los movimientos de mujeres de sectores populares y el movimiento feminista. Nada más ajeno a la realidad, pues amén de diferencias grupales y hasta personales, entre los grupos feministas coexistían cuando menos las dos vertientes que hemos mencionado: el feminismo histórico, cuyas concepciones y acciones seguían focalizando centralmente el problema del aborto y la maternidad voluntaria, la idea de una sexualidad más libre y la lucha contra la violencia; y el feminismo social de las ONG, que sostenía una posición crítica ante las relaciones de género, y conjugaba la reflexión y acciones en torno a la “problemática de la mujer” con una acción social y a veces hasta asistencialista en los sectores populares.

Cuando tomó fuerza el proceso popular femenino, muchos grupos feministas se entusiasmaron ante la posibilidad de que una base social tan amplia como la movilizaba por la Regional de Mujeres de la Conamup por ejemplo (cuyos mítines y marchas llegaron a reunir dos mil mujeres), asumiera sus demandas y formara parte de su movimiento. Pero las colonas estaban construyendo otro discurso: descubrían nuevas reivindicaciones y dotaban de una visión de género a las demandas “históricas” del MUP y al discurso radical que compartían con sus organizaciones mixtas. Este desencuentro se expresó en 1984, cuando por primera vez la Regional se sumó a la celebración del día internacional de la mujer y convirtió en masivo un acto que en años anteriores sólo convocaba a unas cuantas; sin embargo, en vez de que las colonas apoyaran las tradicionales demandas feministas, protestaron contra la carestía de la vida y presentaron un pliego petitorio ante la Secretaría de Comercio.

Las feministas no sólo encontraron reticencias a sus demandas, sino a su apelativo pues las populares no querían llamarse feministas.<sup>21</sup> Y es que aun cuando estuvieran inmersas en variadas reflexiones de género, éstas generalmente se

<sup>20</sup> Gutiérrez señala que “pluralismo no es la mera profusión de posiciones diversas, sino el reconocimiento de la legitimidad de las diversas posturas y su derecho a afirmarse en un terreno común. Lo cual no excluye el conflicto, pero lo intenta procesar civilizadamente mediante reglas del juego, posibilitando que el ‘enemigo’ al que naturalmente se elimina, se trastoque en un oponente con el que se compite y negocia” (2).

<sup>21</sup> En poco tiempo, el deslinde en torno al feminismo no sólo provino de las mujeres de sectores populares, sino de las propias feministas que se resistían a incluir en el movimiento a mujeres con las que no se identificaban.

asociaron a “la problemática de la mujer”, no al *feminismo*. Así que el término quedó ligado a los prejuicios y a la crítica de sus organizaciones de clase, a la idea de que las feministas luchaban contra los hombres, por el libertinaje sexual, el lesbianismo y el aborto;<sup>22</sup> y al temor de ser acusadas de divisionistas. Pese a haberse identificado como mujeres oprimidas, y a que varias de sus reivindicaciones y luchas coincidían con la lucha feminista, ellas sentían que su proyecto de cambio social estaba ligado vitalmente a las organizaciones populares y priorizaron su relación con éstas, convirtiendo su identidad de clase en elemento de exclusión para establecer otras alianzas.<sup>23</sup> Muchas feministas tampoco comprendían cuál podría ser la subversión de amplios colectivos populares que, en lugar de cuestionar beligerantemente su rol tradicional como madres y amas de casa, realizaban acciones colectivas que parecían reafirmarlo al demandar subsidios al consumo, al abasto popular, la salud, etcétera.

Pese a estos desencuentros, el camino abierto por el feminismo histórico contribuyó decididamente al desarrollo de las experiencias populares de los años ochenta, pero las mujeres de estos nuevos movimientos no se reconocían en las pioneras y, finalmente, muchas feministas de la vertiente histórica, tampoco encontraron lazos de identidad que las acercaran a éstas, tal vez esa exigencia mutua de identidad en los caminos, las demandas y las prioridades, en las formas organizativas y en las maneras de hacer política eran parte del problema, pues un posible entendimiento no tendría porqué suponer identidades ni discursos homogéneos.

Las feministas de ONG se convirtieron en un frágil y complejo puente de relación entre ambos polos, al intentar amalgamar el feminismo con la lucha social. Y este intento apuntó a la construcción una nueva dimensión del feminismo y de lo social, que no satisfizo ni a las feministas ni a las populares. En la segunda mitad de los ochenta, las ONG estaban entre la espada y la pared las

<sup>22</sup> Aunque algunas de esas ideas eran falsas o maniqueas, como la lucha contra los hombres, otras revelan los límites de la reflexión y el cambio cultural de las mujeres de sectores populares, especialmente relacionados con la sexualidad, pues si sus discusiones les permitieron descubrir que carecían de autodeterminación sobre sus cuerpos, a ello asociaron más la posibilidad de decir “no” (a las relaciones sexuales forzadas, a embarazarse sin desearlo, por ejemplo), que a la posibilidad de decir “yo quiero”, “me gusta”. Así, fue común la dificultad para reconocer su cuerpo y su sexualidad como fuentes de placer y tal vez una mayoría siguió compartiendo una cultura machista que estigmatiza a la mujer liberada como “libertina”. El problema del aborto fue tratado en muy escasas ocasiones, nunca se promovió una discusión amplia sobre su despenalización, en parte por el miedo de ONG y activistas a encontrar oposición en las “bases” y a la dificultad que esto representaría para dar continuidad a los procesos, en parte porque a las mujeres de sectores populares las agobiaban otras preocupaciones.

<sup>23</sup> Tal vez otro elemento que incidió en este deslinde fue la acción de las ONG, pues para evitar una confrontación con una izquierda más o menos antifeminista, muchas integrantes de ONG evitaron explicitar su feminismo y hasta nombrarlo. Entre los sectores populares se generalizó la reflexión sobre la problemática de la mujer y la elaboración de pliegos petitorios y demandas de mujeres.

feministas eran compañeras de segunda, les llamaban “populáricas” para diferenciarlas de las populares y a la vez asociarlas con ellas; por otro lado, pese a recibir su apoyo y percibir su compromiso social, las populares sentían que las mujeres de las ONG eran parte de un feminismo con el que no compartían un proyecto de cambio social de largo alcance.

### III. El feminismo popular

Varios factores fueron modificando la identidad de las mujeres de la vertiente popular y su relación con el feminismo: la acción participativa y civilista de los nuevos movimientos sociales urbanos, surgidos a raíz de los sismos de 1985, mostraron los límites del discurso maximalista de la izquierda y aproximaron a un amplio sector del feminismo organizado —más bien reorganizado en esa coyuntura— con las costureras y mujeres de las nuevas organizaciones urbanas. En estos movimientos se experimentó una nueva forma de relación, facilitada por la solidaridad que despertó la tragedia, por una mayor receptividad ante el feminismo, y también, porque muchas feministas eran más sensibles a la problemática social. En esa misma época, el feminismo también se abrió paso gracias a la relación que las mujeres populares tuvieron con grupos populares de América Latina y Estados Unidos, que se asumían explícitamente como feministas sin renunciar a sus objetivos sociales y políticos.

Su propio proceso reflexivo y de organización también fue decisivo en la construcción del feminismo popular, pues, aunque los motores de su acción y sus demandas no tuvieron los mismos puntos de partida ni siguieron el curso del feminismo histórico —incluso, entre campesinas y colonas existió la dificultad para cumplir sus roles tradicionales en condiciones precarias lo que las condujo a irrumpir en el espacio social—; la reflexión y las acciones colectivas también condujeron a subvertir las tradiciones, los papeles, las funciones y, a demandar una igualdad genérica que enfatizó otros puntos. Tuvieron que vencer muchos obstáculos de género para poder actuar como mujeres: para muchas salir de casa fue un paso difícil pues compartían la idea de que ese era su lugar, en ese sentido, la primera victoria se libró internamente, frente a sí mismas; pero enseguida tuvieron que vencer la oposición y violencia de sus maridos, padres, hijos, suegras, madres; a medida que avanzaba su proceso organizativo y de acción, tuvieron que convencer a los “camaradas” de que su lucha no dividía al movimiento y que sus demandas eran justas.

Así que el demandar tortibonos<sup>24</sup> o desayunos escolares, recursos para la sa-

<sup>24</sup> Bonos que podían canjearse por tortilla subsidiada.

lud o para la vivienda, cumplimiento de prestaciones laborales, acceso a puestos de trabajo vedados a mujeres, salarios iguales, cargos de representación y dirección en los sindicatos o en las organizaciones sociales, etcétera, implicó des-construir una identidad genérica y empezar a definir otra imagen femenina. No sólo en el espacio social o gremial se daban luchas y cambios: la participación social de las mujeres populares y sus nuevas perspectivas obligaron a muchos núcleos familiares a redefinir los lugares y funciones de sus miembros, comparti-endo con más equidad el trabajo doméstico y la vida pública, aunque en otros casos, obligó a las mujeres a desempeñar dobles o triples jornadas de trabajo: la doméstica, la salarial y la política; muchas dejaron de "pedir permiso"; otras cuestionaron la educación sexista de los hijos; una gran mayoría empezó a de-fenderse de la violencia y a luchar por su derecho a tener actividades y proyectos propios; otras analizaron la sexualidad y la maternidad. En todos los casos, las reflexiones fueron acompañadas de acciones que conjugaron la resolución de problemas cotidianos surgidos de la precariedad con acciones tendientes a mo-dificar las relaciones entre hombres y mujeres. En general, los conflictos de género implicaron rupturas conyugales para muchas dirigentes, pero la mayoría de "las bases" negoció su participación social con la pareja. En un lento y con-flictivo proceso surgieron nuevos liderazgos femeninos que actuaron en los espacios informales de la política.

Estos efectos de la participación social de las mujeres se asociaron a un dis-curso claramente feminista construido en múltiples talleres, encuentros y reunio-nes de donde surgió un abanico de ideas y propuestas, a veces difíciles de llevar a la práctica, pues las mujeres se movían en diferentes espacios sociales y lucha-ban contra diversos sujetos (el patrón o el cacique rural o urbano, el funcionario público y las instituciones estatales, el camarada de la organización, el marido y muchas mujeres que no compartían las nuevas prácticas e ideas femeninas), de esta diversidad de posiciones surgían también diferentes negociaciones y posibi-lidades de cambio.

De todas formas, el proceso tenso y desigual de las mujeres de sectores po-pulares conmocionó la vida de muchas y las relaciones entre los géneros en todos los espacios: en la familia, en las organizaciones sociales y gremiales y en las co-munidades donde participaron. Al igual que las feministas, estas mujeres convir-tieron lo personal en político, y politizaron, socializaron y trataron como públi-cos parte de los asuntos encerrados convencionalmente en el mundo privado, redefiniendo con ello los espacios de lo público y lo privado y, la relación entre ambas esferas. Profundizaron en el concepto de democracia y cuestionaron la vi-sión reduccionista de la izquierda, al incorporar paulatinamente los problemas



de género a los procesos de democratización social o gremial, y ampliaron los espacios y dimensiones de lo político y la política.

Todo ello abonó el terreno para que, en la segunda mitad de los ochenta, varios núcleos populares femeninos<sup>25</sup> acuñaran el concepto feminismo popular, cuyo uso se extendió con cierta rapidez, aunque todavía persistieran muchos prejuicios. Algunas integrantes de la Regional de Mujeres señalan que esta asunción implicó el reconocimiento de que su lucha era también por transformar las "relaciones de opresión entre hombres y mujeres", y que lo "popular" destaca no tanto su origen, sino la idea de que el cambio social se haría junto con el pueblo.

Siguiendo al proceso podemos decir que el feminismo popular fue incubado por el feminismo histórico y social, pero también y decisivamente por la izquierda y los movimientos sociales independientes del aparato corporativo estatal y del partido oficial que, como el feminismo, venían gestándose desde los setenta y repercutían en la década de los ochenta, primero con una perspectiva radical y luego con una postura más civilista. En este sentido, el feminismo popular no abarca ni puede denominar cualquier movilización femenina de los sectores populares, sino que se asocia a aquellos núcleos independientes del partido de Estado que conjugaron sus luchas sociales, gremiales y políticas, con una reflexión y acciones tendientes a transformar positivamente las relaciones de género.

Obviamente, quienes acuñaron y asumieron explícitamente el concepto constituyeron el corazón de esta vertiente del movimiento, pero muchos otros núcleos de sectores populares participaban en procesos de cambio positivo en las relaciones de género y asumieron la idea de un cambio social con un protagonismo popular. En este sentido, si no toda movilización femenina con composición popular se inscribe en la vertiente del feminismo popular, tampoco están excluidas todas aquellas que ignoraron e incluso rechazaron el concepto.<sup>26</sup> Pues cuando el

<sup>25</sup> En 1986, después de muchos roces y problemas en los trabajos con mujeres de colonias populares, se realizó una reunión entre la dirigencia de la Regional de Mujeres de la Conamup y diversas ONG para discutir "el feminismo". Las ONG propusieron técnicas participativas para dar la discusión, y las dirigentes de la Regional, ya familiarizadas con éstas metodologías, decidieron aplicar la técnica llamada "el juicio" que se emplea para analizar y sustentar algún problema. En este caso el enjuiciado era el feminismo y, siguiendo la técnica, se inició el "yo acuso". Llovieron tantas críticas y elementos de deslinde y parecía tan débil la función de la "fiscalía", que se auguraba una "sentencia" desastrosa. Pese a estos pronósticos, las dirigentes concluyeron que su lucha también tenía como fin acabar con la desigualdad y la opresión de las mujeres, y que ellas también eran feministas, pero de "otro tipo", ellas luchaban por un feminismo popular. Las feministas de ONG que estaban presentes se sintieron "acusadas", marcando el evento un distanciamiento entre ambas, pero el término empezó a utilizarse en el medio popular, primero en el MUP y luego entre costureras y campesinas. Ciertamente, ninguna organización amplia de mujeres asumió explícitamente el término, pero, sí se asumió la idea de luchar por la igualdad entre hombres y mujeres en diversos planos.

<sup>26</sup> Tovar y Vázquez, refiriéndose a las mujeres del MUP, señalan que la identidad feminista sólo fue prerrogativa de una élite: las dirigentas. Disiento de esta postura, pues si en efecto fueron las lideresas (y no todas) quienes se involucraron en la discusión del concepto y lo asumieron como propio, los procesos de

cambio social incorpora la reflexión y búsqueda de cambios positivos en las relaciones entre los géneros, los contenidos reales del proceso resultan más significativos que el nombre.

El que muchas mujeres del pueblo se identificaran con el feminismo es indiscutible, pues en el IV Encuentro Feminista Latinoamericano y del Caribe realizado en 1987, en la Ciudad de Taxco, Guerrero —que aglutinó alrededor de dos mil quinientas asistentes— fue mayoritaria la presencia de mujeres de sectores populares (se calculó en mil quinientas). Esta movilización popular en torno a un evento feminista habría sido impensable tan sólo cinco años antes. Pero la nueva vertiente no tuvo tan buena acogida, pues “fue interpretada por importantes sectores feministas (de México y América Latina) como una pérdida de identidad y como un menoscabo de la radicalidad del proyecto feminista. Estas divergencias se expresaron en la realización virtual de dos encuentros paralelos” (Tuñón: 75) y en el hecho de que las ONG ligadas a procesos populares se convirtieron en vértice y receptáculo de las críticas de unas y otras.

#### IV. Convergencias, conflictos y retos

El desencuentro entre el feminismo histórico y el feminismo popular, pone de manifiesto los difíciles caminos de construcción de la democracia, pues si ambas vertientes son potencialmente convergentes porque sus discursos tienden a democratizar las relaciones sociales y desde distintas trincheras luchan contra la desigualdad de las relaciones de género, ellas rehuyen o dificultan el encuentro y, aunque indudablemente ejercieron una mutua influencia, siguieron caminos paralelos y establecieron relaciones conflictivas y excluyentes. Estas dos vertientes del feminismo ampliaron y profundizaron el concepto de democracia, pero se resistían a radicalizarlo.

Siguiendo a Mouffe creemos que la construcción de una democracia radical exige el reconocimiento de las diferencias: lo particular, lo múltiple, lo heterogéneo (Mouffe: 86). En esta breve y apretada historia, las dos vertientes del feminismo muestran sus diferencias, pero no las aceptan ni se reconocen. Unas sospechan que si las otras no asumen explícitamente las principales demandas del feminismo histórico, no podrán transformar positivamente las relaciones de género ni son feministas. Otras sospechan que si las unas no se asimilan a “la clase”

---

*reflexión crítica sobre las relaciones de género, y los cambios en éstas, abarcaron a colectivos muy amplios —no sólo a las lideresas—, precisamente en el MUP, pero también en un sinnúmero de núcleos rurales y entre empleadas y obreras de diversas ciudades.*

no podrán sentar las bases para un cambio social democrático y radical ni pueden ser sus compañeras de lucha. Un esencialismo de género o de clase necesariamente excluyente, se encuentra en el fondo de las dos posturas y dificulta la construcción de una nueva hegemonía y de una democracia radical. La desconstrucción de estas identidades esencialistas hubiera sido condición para una comprensión adecuada de la variedad de relaciones sociales de donde surgen las distintas formas de opresión y las respectivas aspiraciones libertarias y donde se habrían de aplicar los principios de igualdad y libertad (Mouffe: 6).

Ciertamente, los procesos protagonizados por las vertientes a que hemos hecho referencia muestran que un sujeto social puede actuar en distintos escenarios, con diversos interlocutores y en distintas posiciones, de modo que su discurso,<sup>27</sup> permeado por una diversidad de procesos, elementos y momentos, alcanza cierta unidad y regularidad, pero nunca llega a cicatrizar completamente, ni a fijarse de manera total, sino que está abierto a la contingencia. El discurso multifacético y cambiante que surge de esta dinámica, puede anclarse en torno a significados que inciden centralmente en la identidad del sujeto y que le permiten dar relativa coherencia, unidad y permanencia a los elementos dispersos y móviles que van construyendo su discurso. Esta complejidad implica la posibilidad de que un mismo sujeto juegue papeles aparentemente contrapuestos: las mujeres de sectores populares, aparecen como amenazantes feministas frente a sus organizaciones sociales y, como “mujeristas”<sup>28</sup> ante el feminismo histórico; a las ONG les ocurre algo semejante: las populares las desdeñaban por feministas, mientras las feministas históricas las rechazaban por “populáricas”.

Incluso cuando las posiciones se polarizaron, podríamos decir que dentro de cada vertiente existía el conflicto: las feministas intentaban incorporar una dimensión social a su discurso, mientras las populares incorporaban una dimensión genérica al suyo. La articulación discursiva que pese a la resistencia se va desarrollando, muestra identidades sociales inestables que se fijan parcialmente pero nunca de manera total. Una perspectiva abierta a la diferencia, permitiría visualizar la construcción de un feminismo diverso, dinámico y heterogéneo que surge de diversas situaciones socioeconómicas, culturales, generacionales, genéricas del sujeto; y conduciría a aceptar las múltiples formas de construir el femi-

<sup>27</sup> Aquí, siguiendo a Laclau y Mouffe (122-125), entendemos que una formación discursiva no puede consistir en meros fenómenos lingüísticos, sino que debe atravesar el espeso material de instituciones, rituales, prácticas de diverso orden, a través de las cuales una formación discursiva se estructura. Los juegos lingüísticos se encadenan con acciones estableciendo secuencias relacionales. Ambos constituyen la práctica discursiva. En este sentido, cuando hablamos de discurso nos referimos no sólo a los postulados verbales sino a las acciones y proyectos del movimiento.

<sup>28</sup> Término con que se denominó a las acciones protagonizadas por mujeres que no se asumían explícitamente como feministas.

nismo y a la vez pensar en su articulación desde la diversidad y no desde la uniformidad.

La relación entre las feministas pioneras, las de ONG y las de sectores populares actualizó en cada momento el disenso y la heterogeneidad, no como fuentes de enriquecimiento o retos para la convergencia, sino como generadoras de conflictos y exclusión que dificultaron el encuentro y la construcción de un movimiento heterogéneo pero unitario. Tal vez el punto nodal de los discursos iniciales —fijado en torno a la clase o el género— se resistía a la articulación,<sup>29</sup> subversión y resignificación que el contacto con el “otro” implicaba. Y cada vertiente exigió a la otra que asumiera su propio discurso como único.

Paradójicamente, si el feminismo expresa una crítica radical al universalismo uniformador y al determinismo económico y enfatiza la necesidad de reconocer la diversidad, la experiencia de los ochenta, nos muestra a un feminismo histórico que adopta un universalismo aplastante. Adopción desafortunada que dificulta la construcción de una nueva hegemonía y democracia radical en la que exista lugar para las diferencias a la vez que búsqueda de consenso y tolerancia. El feminismo popular tampoco se salva de esta crítica, pues si su propio proceso revela la dimensión genérica de su problemática y el que otras mujeres también son oprimidas aunque no compartan los mismos problemas sociales y económicos que las de las clases explotadas, imagina que sólo “la clase” tendrá lugar en la construcción de una nueva sociedad, y se niega a incluir al “otro” en esta empresa. Ambas vertientes son excluyentes.

Consideramos que los sujetos sociales carecen de una identidad racional última, y que construir una hegemonía y una democracia incluyente implica analizar la pluralidad de posiciones de sujeto, y abandonar la idea de un agente perfectamente unificado y homogéneo (Laclau y Mouffe: 100), como aparecía en la clase obrera del marxismo determinista o las mujeres libertarias del discurso feminista. La búsqueda de la verdadera clase obrera o de las verdaderas feministas resulta ser un falso problema que tuvo implicaciones políticas.

Aunque cada vertiente aportó elementos para desarrollar la concepción y praxis del feminismo y amplió la concepción de la democracia y la política, la convergencia entre ellas sólo se dio en algunas coyunturas, en general se mantuvieron separadas y no lograron constituir un movimiento unitario. Pero tampoco puede decirse que fueron inamovibles o rígidas, pese a la resistencia, la falta de entendimiento y los prejuicios. Así, si el difícil desarrollo del feminismo popular

<sup>29</sup> Para Laclau y Mouffe, el concepto articulación es toda práctica que establece una relación tal entre elementos, que la identidad de éstos resulta modificada como resultado de esa práctica (119).

fue poco entendido o poco valorado por el feminismo histórico, su existencia revela las mutaciones de la identidad de las mujeres del pueblo que en un inicio ignoran o minimizan la dimensión genérica de su problemática y que acaban convirtiendo su movilización en un proceso social de amplias dimensiones; a la vez, la búsqueda constante del feminismo histórico para trascender el pequeño grupo, la dimensión socioeconómica que va adquiriendo a lo largo de los ochenta, revela la posibilidad de articular la lucha de género en espacios y contextos diferentes a los que vieron nacer al feminismo; ambos procesos revelan que ninguna identidad se establece de modo definitivo y que siempre existe un grado de apertura y ambigüedad en la manera en que se articulan las diversas posiciones de sujeto (Mouffe: 85); reconocerlo resulta clave para elaborar un proyecto democratizador e incluyente.

A partir de la insurgencia cívica que desatan los procesos electorales de 1988, y sobre todo en los noventa, será el espacio de las luchas civilistas y la política formal donde estos feminismos se vuelvan a encontrar y redefinan sus posturas respecto a partidos políticos y vías de construcción de la democracia. Es una historia reciente que resulta inteligible a la luz de los procesos reseñados pero corresponde a otra investigación.

## Bibliografía

1987 Centro de Estudios sobre la Mujer, Mujeres en Acción Sindical, Equipo de Educación Popular con Mujeres, Centro para Mujeres CIDHAL, Grupo de Educación Popular con Mujeres y Colectivo de Lucha Contra la Violencia, "Feminismo y movimiento popular en México", en EMAS, CIDHAL, GEM, MAS, CEM, COVAC, APIS, *Jornadas Feministas. Feminismo y sectores populares en América latina*, México.

Espinosa, Gisela

1992 "Mujeres del Movimiento Urbano Popular. 1983-85", en Alejandra Massolo (compiladora), *Mujeres y ciudades. Participación social, vivienda y vida cotidiana*, COLMEX, México.

1993 "Feminismo y movimientos de mujeres: encuentros y desencuentros", en *El Cotidiano*, No. 53, UAM-A, México.

Espinosa, Gisela y Lorena Paz Paredes

1988 "Pioneras del feminismo en los sectores populares. La experiencia de CIDHAL 1977-1985", documento inédito, México.

Espinosa, Gisela y Alma Sánchez

1992 *También somos protagonistas de la historia de México*, Cuadernos para la mujer, Serie Pensamiento y Luchas No. 7, Equipo de Mujeres en Acción Solidaria, Centro Michoacano de Investigación y Formación "Vasco de Quiroga", México.

Gutiérrez, Griselda

en *El ejercicio de la ciudadanía de las mujeres y su contribución a la democracia*.

Jaiven, Ana Lau

1987 *La nueva ola del feminismo en México*, Planeta, México.

Laclau, Ernesto

1996 *Emancipación y diferencia*, Ariel, Argentina.

Laclau, Ernesto y Chantal Mouffe

1987 *Hegemonía y estrategia socialista. Hacia una radicalización de la democracia*, Siglo XXI Editores, Madrid, España.

Lamas, Marta

1992 "El movimiento feminista en la década de los ochenta", en Enrique de la Garza (coordinador), *Crisis y sujetos sociales en México*, UNAM/Porrúa, México.

Mercado, Patricia

1990 "Lucha sindical y antidemocracia feminista", en *Debate Feminista*, Año 1, volumen I, México.

Moguel, Julio

1987 *Los caminos de la izquierda*, Juan Pablos Editor, México.

Mouffe, Chantal

1993 "Feminismo, ciudadanía y política democrática radical", en *Debate Feminista*, número 7, México.

1995 "La democracia radical ¿Moderna o posmoderna?", en *Leviatán*, número 55, Madrid, España.

Scott, Joan

1992 "Igualdad versus diferencia: los usos de la teoría postestructuralista", en *Debate feminista*, Año 3, volumen 5, México.

Tovar, Yolanda

1997 "La invisibilidad de las mujeres del movimiento urbano popular", en *El Cotidiano*, número 84, UAM-A, Fundación Friedrich Ebert, México.

Tuñón, Esperanza

1997 *Mujeres en escena: de la tramoya al protagonismo (1982-1994)*, Grupo Editorial Miguel Angel Porrúa, PUEG-UNAM, Ecosur, México.

Vázquez, Norma

1989 "Esfuerzos por consolidar una franja compartida", en *Doblejornada* número 34, 6 de noviembre.